

DESGUACE AMERICANO



Bonnie Jo Campbell

Traducción Tomás Cobos

Los personajes que pueblan el Michigan rural de los relatos de *Desguace americano* saben reparar coches y lavadoras, saben disparar, saben descuartizar lo que atropellan y saben limpiar lo que cazan; saben también beber, curarse las heridas y cocinar metanfetamina, pero son del todo incapaces de prosperar en la América postindustrial. Entre ellos hay quien aún se dedica a almacenar combustible y munición a la espera del fin del mundo, pero casi todos hace ya tiempo que han renunciado. Ya no se engañan pensando que puede quedar algo rescatable y han optado por el entumecimiento, prefieren ahogarse en alcohol barato y drogas de fabricación casera. Por eso aman y odian de manera extravagante.

A mi queridísimo Christopher

La intrusa

La madre gira la llave en la vieja cerradura, empuja con el hombro la pesada puerta de roble y se queda paralizada en el umbral. El padre la rodea, entra en la cocina de la casa de campo familiar –cuyas paredes pintó de amarillo canario el verano pasado con su hija– y deja caer una de las dos bolsas de comida en el suelo de linóleo. En la boca de la hija de trece años reluce un aparato dental.

–Hostia –dice la niña, apretando la bolsa de gimnasia contra el pecho.

Los fuegos de la cocina están negros, quemados, los azulejos de encima están chamuscados y el lateral adyacente del frigorífico está tiznado. Hay sábanas colgadas en las ventanas, una de las cuales está rota y le han arrancado los cristales. En el ambiente perdura un olor a amoniaco y el cubo de basura está repleto de paquetes vacíos de pseudoefedrina, filtros de café y papel de aluminio arrugado.

Una rubia de pelo rizado se marcha, desapercibida, por la puerta trasera, desciende las escaleras y se dirige al río. Hace unos días fue uno de los cuatro intrusos que estuvieron cocinando metanfetamina en la casa, pero cuando el domingo pasado se largaron los tres hombres, con la idea de descansar en sus casas antes de volver al trabajo el lunes, la chica se quedó escondida en un armario empotrado de la habitación de la hija. Los tres hombres no se habían dado cuenta de que esa chica flaca de cara destrozada solo tenía dieciséis años, ni de que se había guardado suficiente meta durante la preparación para seguir metiéndose durante más de una semana.

La familia descubre que por toda la casa hay objetos que han cambiado de sitio. En la encimera de la cocina hay una instalación con frascos de condimentos –salsa de rábano picante en equilibrio sobre la mostaza, que se alza sobre la mahonesa, flanqueada a su vez por dos botes de kétchup– en el centro de un círculo de velitas de cumpleaños dispuestas en fila india. Los cajones están vacíos y su contenido desplegado en altares sobre mesas, cómodas y rincones. En el lavabo del baño hay medicamentos, cremas y botes de pastillas alineados simétricamente. Sobre una toalla de invitados verdiblanca que recubre la cisterna, hay tubitos de protector labial arremolinados en torno a un frasco viejo de Pepto-Bismol. En el centro de la cama de matrimonio hay un belén consistente en una pareja de figuritas de madera y un nido de ramitas que contiene unos huevos azul pálido de zorzal robín (recogidos y vaciados por una bisabuela). Hay doce pinzas de la ropa dispuestas en paralelo a los pies de la cama, como niños que se posicionan para una foto de grupo durante una fiesta.

Figurillas y retratos que hacía tiempo se habían vuelto invisibles para la familia –en sus viejas yuxtaposiciones de la estantería del pasillo– han reaparecido de golpe: las rocas pintadas con rasgos de trol se mezclan con miniaturas de cerdos, cabras y dinosaurios de bronce. Ahora estas criaturas contemplan una foto enmarcada de la hija con su trofeo de gimnasia. (La hija se cambió de gimnasia a natación hace un año, cuando pegó un estirón de diez centímetros, justo después de que le sacaran esta foto).

La intrusa sacó brillo a todos los objetos y a las fotos enmarcadas con unos paños que depositó después en el cesto para la ropa sucia del pasillo. Encima del cesto hay una docena de preciosas cajitas de pañuelos grises, azules y amarillos, todas abiertas y con varios pañuelos extraídos.

La intrusa simuló que estaba de visita en la casa de campo de su propia familia, que los pómulos de las fotografías eran los pómulos que ella había heredado y que

pertenecía a este lugar de manera tan natural como sus muebles y sus adornos. Aunque ha pasado la semana sola, la intrusa ha reconfigurado el salón, de manera que los sillones de cuero viejo y las butacas de mimbre están ahora enfrentadas, en una conversación circular, en lugar de mirar a la televisión. La intrusa pasó la aspiradora por el salón y después cambió la bolsa y la volvió a pasar, aspirando todas las telarañas e incluso la ceniza de la chimenea.

En un principio parece que faltan unos cuantos objetos de la habitación de la hija, pero al cabo de un rato la hija los encuentra, están en su armario empotrado, donde la intrusa durmió cinco noches en un nido acondicionado con todas las almohadas de la casa. Se acurrucó allí con dos ponis y un unicornio de peluche, un pijama rosa de franela con la inscripción «La Princesa de Papá» y el cuaderno secreto de color morado con espiral, idéntico al que la hija tiene en la ciudad. La intrusa leyó y releyó el cuaderno, en el que la hija ha descrito con detalle sus frustraciones, ya sea por una carrera de natación que le salió mal o por chicos; ha escrito también que se siente inmersa en un dolor que la abruma, un dolor que la conecta con chicas con las que nunca cruza una palabra, a las que solo conoce de vista, chicas duras de las que tiene miedo, con los ojos maquillados y esa forma de taladrarla con la mirada si las observa demasiado.

La hija ha vivido más de trece años sin tener que pasar ni una noche con la cómoda colocada contra la puerta de la habitación para impedir que entren los amigos de su madre. Nunca nadie le ha quemado la cara con un cigarrillo y ella nunca se ha quemado los brazos con cigarrillos para recordarse lo mucho que duele. La hija nadadora nunca ha intentado inyectarse con una aguja rota, nunca ha estado recluida en un reformatorio ni en el baño mugriento de un apartamento abandonado en un sótano, nunca ha pasado una noche entera temblando de manera

incontrolable en el asiento trasero de un coche. La hija nunca ha roto una ventana para colarse en la casa de otra gente, nunca ha deseado algo hasta el punto de hacer cualquier cosa con tres hombres, desconocidos, para conseguirlo.

La intrusa ha recorrido la orilla a gachas y ahora llega a una barca que pertenece a un vecino. Desata la cuerda, se sube y aleja la barca de la orilla de un empujón antes de reparar en que no tiene remos. La corriente atrapa la barca y durante las próximas horas va flotando río abajo. A veces, el viento se apodera de la barca y la hace girar.

Es la hija adolescente, la nadadora, la estudiante de matrícula, quien descubre que su colchón desaparecido está en el porche que da al río y grita «¡Mami!», un término que no utiliza desde hace años. La intrusa había sacado el colchón al porche en cuanto se fueron los hombres. La hija observa la sábana, desgarrada, revuelta por un lado, la funda del colchón manchada de semen reseco, más semen del que su madre haya visto nunca. La madre agarra a la hija de la mano, intenta apartarla, pero la hija ve que la tela también está embadurnada de sangre seca y oscura.

—No mires —dice la madre, pero la hija sigue mirando.

La hija inhala ese olor a crimen, sabe que ya ha experimentado esa presencia espectral y ha sentido su escalofrío: en los pasillos de su colegio, en el supermercado, en las miradas de los hombres y las mujeres en la playa del lago Michigan, donde va a nadar con sus amigos.

Esa noche, después de que la barca de la intrusa enca lle cerca de una tienda de vinos y licores en una ciudad desconocida, la hija se acuesta en la habitación pequeña que hay junto a la cocina, que el padre llama en broma «la habitación de la chacha». En la pesadilla que no cesa de despertarla, la chica entra en la habitación de una desconocida —su propia habitación, en realidad— y encuentra allí su propio cuerpo, expectante.

El guardés

Estaba de pie en el barro, apoyado en su pala de punta redondeada, cuando vio la enorme serpiente naranja enroscada sobre las rocas, junto al camino de entrada, tan gruesa como el brazo de su hijastro. Jerry salió a rastras de la zanja que lo cubría hasta la cintura –había estado cavando alrededor del pozo seco– y se desplazó junto al lateral de la casa, caminando hacia las rocas sobre las puntas y los talones de sus botas rebozadas de barro, con pasos sigilosos sobre la hierba descuidada. La serpiente era naranja con trazos rojos y dorados, pero de cerca su piel también emitía destellos verdes y azules –del azul de los ojos de su mujer, curiosamente– y los anillos resplandecientes de la serpiente le recordaron el pelo cobrizo de su mujer.

Jerry ya había visto por allí culebras rayadas, corredoras constrictor y ratoneras. Conservaba una decena de mudas de piel de serpiente, como papel fino, que había encontrado y clavado en la pared del cobertizo número cinco, al que hace poco le había salido una gotera, por lo que tendrían que vaciarlo y quemarlo. Sin embargo, esta serpiente no se parecía a ningún animal que hubiera visto antes. Brillaba tanto como las asclepias naranjas que se habían erguido como llamas en la linde de la finca varias semanas antes. Tenía una cabeza lisa del tamaño de una patata ovalada de la variedad Yukon Gold, y por la forma de la cara se diría que estaba sonriendo a la luz del sol. Cuando Jerry se acercó lo suficiente, estiró lentamente la mano hacia el anillo exterior, para tocarla.

Al oír el chillido, la serpiente se desenroscó y se alejó sobre las rocas, mientras Jerry, al incorporarse, chocaba con la pala, que golpeó la pared de la casa, dejando un ta-

blón mellado. Su mujer, Natalie, se había quedado inmóvil a escasa distancia, en el escalón de cemento, boquiabierta, con los ojos ligeramente salidos de las órbitas. Las llaves que llevaba en la mano tintinearón al caer al suelo.

La serpiente avanzó por la hierba crecida hacia el jardín de flores que había plantado la mujer del viejo Holroyd. Fue Holroyd quien le dijo a Jerry que, seguramente, el pozo seco no era más que un contenedor oxidado con rocas. Estaba enterrado en el exterior de la cocina improvisada de la vieja caseta donde vivía Jerry, que antiguamente alojaba las oficinas de una empresa constructora. Como siempre, Holroyd tenía razón. Quizá era el mismo Holroyd quien lo había enterrado allí veinte años antes.

—¡Jerry! —gritó su mujer—. ¡Haz algo!

Jerry vio cómo desaparecía la parte central de la serpiente, primero bajo las flores de flox, después entre las malvarrosas. Era al menos tan larga como Jerry de alto.

—¡Mátala! —gritó su mujer—. ¡Por favor, Jerry!

Entonces se asomaron a la ventana su hijastro y su hijastra, con cara de asustados, aunque seguramente se debía más a los gritos de su madre que a una serpiente que ni habían visto. Jerry agarró su pala. En vista de que la mujer con la que se había casado hacía un año y medio daba crecientes muestras de descontento con él, Jerry trataba de hacer todo lo que le pidiera. Si le hubiera pedido que lavara los platos en ese mismo instante, se habría limpiado las manos en los pantalones y habría entrado a calentar agua con jabón, pozo seco o no. Persiguió a la serpiente hasta las malvarrosas y, una vez allí, levantó la pala lo suficiente para rebanarle el cuerpo de un tajo. No sabía a ciencia cierta cómo era el interior del cuerpo de una serpiente, pero podía imaginarse a un hombre o un niño cortados por la mitad, con los órganos y los intestinos desparrramados. Jerry dudó, perdió de vista a la serpiente en algún escondrijo del terreno, y entonces vio cómo destacaban el naranja y el dorado entre los arbustos floridos. Le-

vantó de nuevo la pala. Podía notar, a su espalda, la mirada atenta de su hijastro de ocho años.

—¡Por amor de Dios, Jerry! —gritó su mujer, como si por todo el terreno a su alrededor se retorcieran decenas de serpientes.

No podía reprochárselo; lo que su mujer sentía era tan natural como el gozo de la serpiente al tomar el sol en las rocas, tan natural como que la serpiente se largara pitando ante el estruendo de los gritos. Jerry levantó la pala y clavó el filo en el suelo, a medio metro de la serpiente, que seguía alejándose, sin intuir siquiera que había estado a punto de morir. Jerry contempló el haz multicolor de la serpiente al pasar sobre una traviesa ferroviaria en el extremo del jardín, en dirección a la hierba alta y frondosa.

—¿La has atrapado? —gritó su mujer, con un puño en alto.

—Natalie, mi amor, escucha...

—Jerry, por favor, por lo menos la podías haber aplastado con la bota.

Dejó la pala de pie y, al regresar junto a ella con las manos vacías, observó que los ojos de su mujer pasaban primero del terror a la desesperación y después a la decepción.

—Mi amor —dijo él—. Era demasiado grande para aplastarla.

—¿Por qué no puedes hacer nada por mí?

—A lo mejor es porque tiene algo especial, cariño. Nunca he visto una serpiente igual.

Quería explicar más, pero, en vista del pavor que sentía su mujer, no le pareció lo más acertado hablar sobre la belleza de la serpiente.

—Oh, Jerry —dijo su mujer, dándole la espalda y hablando hacia el campo de heno—. Lo siento por no poder amar todas las cosas igual que tú. Nunca voy a amar a una serpiente. Ni a un murciélago —dijo con una risita—. Si te digo

la verdad, ni siquiera aguanto al viejo Holroyd, que te cae tan bien.

Llevaba el elástico del sujetador muy ceñido contra la carne bajo una camiseta fina y ajustada, tanto que Jerry se preguntó si no le dolería, aunque le gustaba ver los músculos de su mujer flexionados y luego relajados. Le gustaba la forma en que se rizaban en su coleta las serpientes de su pelo, separándose como si trataran de liberarse. En otra ocasión habría salido en defensa de Holroyd.

—Quizá nos haga falta irnos de vacaciones, tú y yo —dijo Jerry al hombro de su mujer. Con el pelo recogido, el cuello de Natalie parecía muy largo, precioso.

—No nos sobra el dinero para vacaciones.

—Tampoco nos sobraba en primavera y llevamos a los niños a Cedar Point.

Aun así, Jerry sabía que Natalie tenía razón. Este año la escuela, donde Jerry se encargaba de tareas de mantenimiento, le había reducido la jornada a tiempo parcial; el recorte en el salario había sido brutal, pero llevaba trabajando diez años en el colegio, desde que acabó allí mismo sus estudios, y todavía no se había decidido a buscar otro trabajo.

—¿Las serpientes viven en esos cobertizos? —preguntó Natalie, mientras se alejaba más de él y señalaba la primera fila de viejas construcciones de madera a noventa metros en dirección norte—. ¿Quizá entre esos montones de chatarra?

—No creo —dijo Jerry—. Creo que las serpientes viven en la tierra.

—Nunca he vivido en un sitio con serpientes, Jerry —dijo ella—. La idea de que se meta una serpiente en la casa me pone de los nervios. Igual que el murciélago que se metió en nuestra habitación.

—Lo sé, lo siento. Voy a tapar los agujeros entre los tablones. Le pregunté a la vieja si pagaría un nuevo revestimiento de vinilo y todavía no ha dicho que no.

Su mujer entró y dejó que la puerta mosquitera se cerrara sola. Aquel sonido metálico le recordó a Jerry que tenía que atornillar mejor el marco de la puerta. Lo había instalado el año anterior, pero aún no se había puesto manos a la obra para acabar el trabajo. La anciana propietaria del lugar a menudo estaba dispuesta a pagar mejoras en la casa, siempre que Jerry se encargara de ejecutarlas. Parecía que la vieja tenía más fe en sus capacidades que él mismo. En la época en que Jerry vivió solo allí, no había sentido ninguna necesidad de preocuparse por esas mejoras. Ahora estaba descubriendo que cada proyecto le llevaba más tiempo del previsto y siempre deseaba haber empezado antes. Volvió a cavar en la zanja.

Cuatro días después, mientras la mujer de Jerry estaba en el lago Campbell con los niños, Holroyd le hizo una visita. Como siempre, llevó su vehículo hasta la parte alta de la finca, más allá de los pinos blancos, en busca del rastro de ciervos –a medida que se acercaba la temporada de caza lo hacía con más frecuencia–, y después regresó, aparcó, bajó la compuerta trasera de su camioneta Ford y se sentó en ella. Jerry había cortado el agua en el baño de arriba y durante dos horas se había quedado mirando las tuberías y los sanitarios sin saber cómo proceder. Nunca había hecho arreglos serios de fontanería y le daba reparo hacer un agujero en la pared. Cuando vio a Holroyd, se rindió y bajó para sentarse al otro lado de la neverita que Holroyd había puesto en el borde de la compuerta. Holroyd le pasó una cerveza; el brazo estirado del hombre temblaba como si tuviera espasmos.

–¿Qué tal vas con las tarjetas de crédito?

–Procuro no pagar nada más con ellas –dijo Jerry.

–Buen chico. Ahora trata de devolver lo que has pagado con ellas. Te llevan a la ruina, las malditas tarjetas.

Jerry no quería ponerse a pensar ahora en tarjetas de crédito, justo cuando estaba planeando un fin de semana de vacaciones con su mujer. De modo que optó por echar la mirada a lo lejos, más allá del terreno cubierto de maleza, langostas y arces, salpicado por cobertizos, moles oxidadas de grúas en desuso, montones de vigas de acero deterioradas y bloques de hormigón. Más allá de los pinos canadienses, donde no alcanzaba la vista, estaba el campo abierto de las colinas repletas de musgo, aves terrestres, ciervos e, incluso, pavos salvajes. Jerry no sacaba el tema de la caza cuando hablaba con el sobrino de la dueña de la finca. Sabía que si la vieja le dejaba la casa gratis era por el seguro; Holroyd le había explicado que si no había nadie para vigilar el lugar, no le hacían un seguro.

—El otro día vi una serpiente de casi dos metros —dijo Jerry—, por lo menos. Roja, naranja y dorada. Nunca he visto nada igual.

Holroyd asintió y respiró con dificultad antes de dar otra calada. Jerry había dejado de fumar antes de casarse, aunque había tenido una breve recaída un mes antes de la boda por la muerte de su viejo perro Blue.

—Quizá era la mascota de alguien, que se ha escapado —dijo Jerry.

—Pensaba que ya no había más —dijo Holroyd mientras exhalaba.

—¿A qué te refieres?

—Ya conoces a Red Hammermill. Bueno, pues cuando él se largó y entré yo, me habló de un tipo de serpientes, me las dibujó y me dijo que tuviera cuidado con ellas. Aunque claro, no te puedes creer ni la mitad de lo que cuenta Red.

—Estaba enroscada en esas rocas —dijo Jerry—. Le dio un susto de muerte a mi pobre mujer.

Holroyd resopló. Jerry sabía que su mujer no era muy del agrado de Holroyd. Bueno, ninguna mujer era de su